

LA MIRADA

Luisa Rolfe era extraordinariamente atractiva, una de esas rubias despampanantes, de piernas esbeltas y torneadas, las curvas de rigor y una más de regalo, melena de bucles dorados, cutis terso y marfileño, vaya, de esas que sólo se ven en las películas, esas frágiles criaturas que todos llaman "muñeca", cóctel explosivo de niña y real hembra, de esas que hacen volver la cabeza a los hombres y silbar de admiración a los más lanzados. Pero ese día estaba más guapa si cabe, toda de blanco, con una guirnalda de flores en la cabeza, el velo albo, apenas ocultando los rizos blondos de la cabellera, los ojos más azules que nunca, y las mejillas levemente encendidas, como requería la emoción del trance.

Peggy Clinton se presentó de improviso, y aprovechando el barullo, se coló en la casa, sorteando a familiares y conocidos, abriéndose paso con unos cuantos "disculpe" y otros pocos "perdone usted", hasta alcanzar la habitación de Luisa, donde irrumpió de sopetón, gritando:

--¡Sorpresa!

--¡Peggie! --exclamó Luisa, arrojándose en sus brazos.

Las dejaron solas un momento. Al fin y al cabo eran amigas íntimas y hacía una eternidad que no se veían.

--Estás preciosa --le susurró Peggy al oído, acariciando uno de los dorados bucles.

--Oh, Peggy --exclamó Luisa, reclinando su cabeza en el hombro de su amiga --. Creí que no llegarías a tiempo. Soy tan feliz...

--Vine lo antes que pude. En cuanto recibí tu telegrama, me puse en camino. He tenido que coger un tren, un autobús, un taxi y un patinete. ¡Y aquí me tienes, en pleno corazón de Chicago! ¿Creías que iba a fallarte el día de tu boda?

--Oh, Peggy, oh, Peggy --exclamaba Luisa, frotándose contra su hombro como un gato reclamando su ración de mimos.

--¡Enhorabuena, chica! ¡Por fin se te declaró el gran hombre!

--Sí.

--Huy, perdona mi poca cabeza. ¿Cómo se llama el afortunado?

--Jack.

--Oh, sí, eso, Jack.

--Jack McGurn.

--Sí, eso, McGurn. Le quieres mucho, ¿verdad? --preguntó Peggy.

--Oh, sí, le quiero muchísimo --respondió Luisa, con un leve temblor en los labios.

--¿Y él a ti?

--También, claro --replicó Luisa con vehemencia.

--¿No es maravilloso? --exclamó Peggy, cogiendo las manos de su amiga entre las suyas.

--¡Oh, sí, Peggy, es maravilloso, maravilloso! --exclamó Luisa, y acto seguido se dejó caer en el sofá, rompiendo a llorar.

Al principio, Peggy lo achacó a la tensión, a los nervios. La felicidad, como el dolor, tiene sus límites, se dijo. Al rebasarlos, todo son ayes y lágrimas. Peggy se sentó a su lado y meció en sus brazos a su amiga de la infancia, esperando que pasara aquel pronto, pero los sollozos de Luisa redoblaron.

Peggy suspiró, extrajo del bolso un pañuelo bordado, y levantando suavemente la barbilla de Luisa, procedió a enjugar las lágrimas, cazándolas una a una, a medida que se precipitaban mejillas abajo. Y al hacerlo, se asomó a aquellos ojos de un azul rabioso, y vio el azul, sí, y hasta vio la rabia, también, pero no así la felicidad, ni nada por el estilo.

Sin embargo, era un gran día para Luisa, el más feliz de su vida, que suele decirse, y Luisa Rolfe era su mejor amiga, y ahora temblaba en sus brazos, cual pajarillo asustado, indefensa, haciendo pucheros y arrugando la nariz, como cuando niña. Esa era Luisa Rolfe, se dijo Peggy, embargada por la emoción, el cariño y acaso un pellizco de envidia, porque, bueno, Luisa lo tenía todo o lo iba a tener, una mansión de un lujo asiático, criados, vestidos, pieles, dinero a espuestas, y estaba a punto de casarse con un ricachón, un tipo que acababa de pagar una fianza de 50.000 pavos, como el que se desprende de un puñado de calderilla.

--Anda, cálmate.

--Ya me ha pasado --dijo Luisa, sonándose la nariz.

Peggy le ofreció un cigarrillo. Luisa lo aceptó, empuñando un coqueto mechero plateado. Pero le costó encenderlo, pues el pulso le fallaba.

--Bueno --dijo Peggy al rato, cuando Luisa se recobró, a cubierto ahora tras una cortina de humo --, cuéntamelo todo.

--¿El qué?

Peggy le acarició la mejilla y le sonrió.

--¿Recuerdas que de pequeñas jugábamos a decir mentiras? Y ganaba la que soltaba la trola más gorda, ¿eh? Bueno, pues olvida eso. Ahora vamos a jugar a decir verdades, ¿te parece?

Luisa apartó la mirada. Sus manos de dedos largos y manicurados, jugueteaban con el pañuelo, retorciéndolo.

--Hoy es un gran día, Peggy, me caso... Es maravilloso y todo eso.. --Eso ya me lo has dicho antes y ha quedado muy bien. Ahora dime una cosa. ¿Te casas... de penalty?

--Oh, no, Peggy. Eso no.

--Bueno, no sé qué tendría de particular. Pasa en las mejores familias, ¿no?

Luisa la fulminó con el azul de sus ojos.

--No me caso de penalty. Me caso de... de... de fuera de juego --y se rió, como si acabara de hacer el chiste del año, pero no sería tan bueno cuando Peggy ni se inmutó.

--Chica, como no te expliques mejor...

--Verás, yo... Bueno, no sé... El caso es... ¿Sabes que según la ley una mujer no puede declarar contra su marido?

--¿Qué?

Luisa lanzó un suspiro.

--Pues por eso me caso.

--¿Qué?

--Bueno, por eso se casa Jack conmigo.

--Pero, ¿no me has dicho que te quiere?

--Oh, sí me quiere --se apresuró a contestar Luisa --, ya lo creo que me quiere, pero eso viene después.

Luisa, envalentonada ahora, había cogido carrerilla y hablaba atropelladamente, aliviada, como si al hacerlo se quitara un peso de encima.

--Bueno, verás, hubo un juicio... contra Jack, quiero decir... Yo... tuve que declarar... Dije que ese día estuvimos juntos... El fiscal era un hombre terrible, Peggie, te lo juro, terrible, no te lo puedes ni figurar... Te hacía decir cosas que no querías decir... Qué mal rato pasé... Le dije que estuvimos juntos, juntos pero no revueltos... Me hice un lío, sabes... No sabía lo que me decía... Aquel hombre me puso muy nerviosa... Vete a saber la de tonterías que llegué a decir... El caso es que me culparon de falso testimonio, sabes... Y, bueno, si me caso con Jack, si soy su mujer, no podré declarar en su contra...

--Sí, leí lo del juicio en los periódicos. ¿No fue lo del garito en North Clark Street?

--Garaje.

--¿Qué?

--El garaje en North Clark Street, cuando la matanza de la banda de Moran. ¡Ese hombre es horrible, Peggy!

--¿Moran?

--¡No, mujer! ¡El fiscal! Estoy hablando del fiscal, sabes. Quieren servirse de Jack para perjudicar a un pez gordo.

--¿A quién?

--Al Capone.

--¿Y qué tiene que ver tu Jack?

--Jack trabaja para Al. Y ahora quieren cargarle el muerto. Bueno, los seis muertos.

--Ya, pero ¿tú qué declaraste en el juicio?

--Que Jack estuvo conmigo todo el día.

--¿Y... fue así?

--Ya sabes cómo soy, tengo la cabeza a pájaros, no recuerdo bien las fechas, no tengo memoria para esas cosas... Jack me dijo que fue así y le creo. ¿Por qué no iba a creerle? Jack tiene una memoria de elefante para esas cosas, sabes.

--¿Y cuándo fue eso exactamente?

--¿Lo de la matanza?

--Sí.

--El 14 de febrero. Me acuerdo porque fue el día de San Valentín.

--¿El día de los Enamorados? --exclamó Peggy, sonriendo --. ¡Qué romántico!

Y al punto se arrepintió de haberlo dicho, porque a lo mejor sí que era muy romántico, pero desde luego no era lo más apropiado en aquel momento. Mas cuando iba a rectificar se abrió la puerta de par en par, dando paso a un hombretón alto y fornido, traje a rayas, corbata de topos, clavel reventón en la solapa de la americana, y borsalino levemente inclinado, una elegancia afectada, que le venía algo grande.

Apenas entró, Luisa se levantó de un salto, precipitándose a su encuentro.

--¡Oh, cielo, no has debido venir, niño malo! ¿No sabes que trae mala suerte ver a la novia antes de la boda? --empezó a reñirle, pero se veía a la legua que estaba encantada de verle.

El recién llegado no dijo nada. Se limitó a exhibir una sonrisa de suficiencia. Y un momento después la estrechaba entre sus brazos y se fundían en lo que prometía ser un beso tierno, apasionado e interminable, cerrando ambos los ojos, ausentándose del mundo por unos instantes.

Peggy se levantó quedamente, sonriendo para sus adentros, y se dispuso a abandonar la sala de puntillas, para dejar sola a la pareja, cuando en esto, el hombre, sin dejar de besar los labios de la mujer, abrió los ojos, fijándolos en Peggy.

Eran ojos de un gris metálico, que no parpadeaban y que seguían atentamente los menores movimientos de Peggy. Una mirada en la que no había curiosidad, ni interés, ni sexo, ni deseo, ni afecto, ni nada de nada. Sólo el gris aquel. Aquella fijeza. Una mirada vacua, pero eso sí, fija,

terriblemente fija, y gris, terriblemente gris. No una de esas miradas que matan, claro, pero tampoco de las que dejan vivir.

Y Peggy, muy a su pesar, se estremeció.

FIN